

PARA ACERCARTE A ESPAÑA DESDE MIS OJOS

Antonio Cruz Coutiño

Me preguntas, amor, cómo es esta ciudad, su gente y yo te contesto. Hay termómetros y relojes para saber del tiempo en todas partes, los conductores respetan el alto y las zonas peatonales, y hasta se paran en las esquinas para dejarte pasar. Hay templos románicos redondos desde el siglo XII y también un puente que recuerda a los romanos imperiales. El río Tormes que atraviesa el puente es el mismo, el del lazarillo de la novela homónima. Y cigüeñas y más cigüeñas blancas con rebordes negros pueblan el cielo de Salamanca, cuyos nidos coronan cruces y campanarios. Beben vinos y brandies y ahora vodka como nosotros cervezas; a los restaurantes les llaman cafés aunque los cafés son verdaderas cantinas. Hay desquiciados y locos como dondequiera y limosneros, payasos y músicos con sus sombreros esperando una moneda. Pero el gentío aguanta hasta que el verde de los peatones se enciende y aquí hay más extranjeros que gente de su propia casa.

Los chavos y chavas beben en las plazas cervezas españolas *Mahou*, holandesas *Heinneken*, inglesas *Guinness* y se orinan en las esquinas a plena luz del día cuando están borrachos, aunque se ven piquetes de policías en cualquier lugar y a cada rato. Por la mañana, “furgonetas” y camiones repartidores circulan por las calles de piedra o enlosadas y de noche sólo vehículos policiales tienen acceso a ellas. Comen galletas, “farinatos” y pastas que da gusto; cerdo, grasa, jamones y manteca. Enharinan y rebosan con pan todo lo que tragan y a sus ensaladas ponen aceite, vinagre, pimienta y sal. Dicen ¡Jesús! cuando estornudan y se les escucha ¡Que le aproveche! cuando inician la comida. Aquí sí funcionan las patrullas-policías de barrio y las equipadas con motocicletas, aunque al igual que en México son descortesés. No hay insectos, cucarachas ni hormigas y los desvelados en viernes y sábado cuentan con una ruta de buses desde las doce a las cinco de la mañana.

Comen hanfaina y también es de bofes y demás menudencias, pero dicen que no es de res sino de oveja o cordero. Ni el color, sabor ni olor es como la chanfaina de Chiapas y sus tortillas son eso: tortas gruesas y algo extendidas, mitad huevo y mitad patatas, ojo, no papas, siempre con algún aderezo. “Bajan pa’bajo” y “suben pa’riba” sin ningún rubor, lo mismo que “entran pa’dentro” y “salen pa’fuera” y a los salmantinos les dicen “charros” como sinónimo de campesinos, tanto porque hasta hace poco se dedicaron al campo, como por su traje típico

lejanamente emparentado con el charro de México. Viven juntas, las parejas, pero no se casan. Dicen que hay que esperar para conocerse y “coger” (que no agarrar), coger bastante para tomar costumbre. Tienen sus primeros y únicos hijos después de cumplidos los treinta y cinco y cuando los chavales alcanzan los diez, aquellos parecen abuelos. Ni se apenan ni se acongojan si a los 25, 30 o 40 aún siguen en la casa de sus padres y los peores salarios de toda España, luego de Andalucía, se pagan en Salamanca, sobre todo en tratándose de dependientes y “camareros”.

Tienen una Plaza Mayor cercada absolutamente de edificios y ésta fue una ciudad amurallada con sus siete puertas, como todas las de la frontera media, allende el siglo décimo y la inicial fundación de España. Ahí se encuentran todos, y todas concretan sus citas, hacen *picnic*, no se permiten *hot dogs* ambulantes ni paleteros y toman el sol recostados sobre el piso. Detestan, dicen, a Francisco Franco, aunque los chavos ni lo conocen, pero conservan ahí un medallón con su efigie, como si hubiera sido uno de sus monarcas. La ciudad es concéntrica y confluyen o parten de la plaza todas sus calles, todas. La ciudad es pequeña, extraordinariamente pequeña para la población que alberga, pero esto se debe a que todos buscan el calor de sus calles sinuosas y la complicidad de sus estrechas aceras. Todo mundo tiene de mascota a un perro y me encabrona que los saquen a orinar y a cagar a la calle. Por eso las alamedas y el césped de los parques son estercoleros, salvo la huerta o jardín “de los Jesuitas”, en donde los y las rubias extranjeras se tienden al sol casi desnudas.

Dicen que en toda España es igual, pero no tanto como en Salamanca, donde el mercado de bienes raíces está superdesarrollado, pues todo mundo quiere un departamento, un piso, aunque muchos para rentarlo. E igual sucede con las fianzas y con las agencias de viajes: mucha gente vende seguros y a cual más quiere vacaciones. El ciudadano común no conoce el proceso que llevó a España a su Segunda República, el intríngulis de la Guerra Civil y mucho menos la represión ejercida por el gobierno fascista del general Franco. Los contenidos de estas tres asignaturas no figuran en los textos obligatorios de la primaria, secundaria y bachillerato y hay algo que no entiendo: sus cuatro o cinco niveles de gobierno. Tienen monarca hereditario y presidente de gobierno, Consejo de Ministros y Consejo de Estado, parlamento de diputados y también de senadores. Y esto es sólo gobierno central.

Aparte están las comunidades autónomas, las provincias, municipalidades y pedanías.

La ciudad crece verticalmente y muy poco a sus lados. Y antes tuvieron judería, barrio de putas y de artesanos, como hoy florecen las misceláneas de chinos y los mercadillos trashumantes de gitanos y negros que también llaman “rastros”. No tienen moteles y por casas de citas y “puticlubs” tienen a los burdeles y desplumaderos. No sé hasta el momento a dónde llevan las mujeres a sus amantes y al hecho de fornicar llaman “follar” o “echar un polvo”. A la cosita de las mujeres le dicen “coño” y al del hombre le llaman “polla”. Me acabo de enterar que recién, a las salidas más importantes de la ciudad, se instalan con formalidad prostíbulos y cabaretes, y bien he visto que en las calles y alamedas las parejas se cachondean, tocan y trastocan hasta ponerse ¡firmes! De paseo por los supermercados y en los buses se toman de las nalgas con gran naturalidad y hasta con cariño, y en las bancas públicas ellas se sientan sobre los muslos de sus hombres, de frente o de espaldas, por atrás o por delante como si se tratara de otra cosa.



Tienden su ropa a la vera de las calzadas desde sus ventanas, como si se tratara de guirnalda y pasacalles, sacuden el polvo de sus alfombras desde los ventanales de sus apartamentos, y hay entre 50 “céntimos” a un euro de diferencia en el precio por servirte las “raciones” no en la barra sino en tu mesa. Hay semáforos de transeúntes que debes activar para parar el tráfico, ahí en donde escasea el paso de personas. Y aquí, como en todas las ciudades y pueblos de España, conservan como reliquia sus picotas: esas columnas de piedra en donde hace tiempo exhibían las cabezas de los ajusticiados o exponían a los reos a la vergüenza pública. No van por ellas ni van por pan, sino “van a por ellas” y “van a por pan” y llaman “carpinterías metálicas” a las que en México conocemos como herrerías y balconerías.

Son marroquíes u otros inmigrantes musulmanes los que extienden la mano para la limosna, mientras sostienen alguna información impresa. Deambulan los vendedores de lotería con sus pechos cubiertos de billetes y los inválidos, perdón, los minusválidos y gente con “capacidades diferentes”, todos usan sillas-carritos automáticas y van a la escuela o tienen empleos. Es evidente la derecha, aunque también las extremas; dos, tres y hasta cuatro Españas. Los carteles religiosos compiten con los culturales, hay fascistas y hasta coloquialmente les llaman “fachas”. Aquí el pago de los servicios se

domicilia, es decir, se carga a una cuenta bancaria y hasta parece que todos tienen una tarjeta de ahorros con *Caja Duero* o *Caja Rural*: las mutualidades que se visten de filantropía financian conciertos, obras pías y exposiciones y hasta subsidian a su “santa madre” Iglesia. Graban, como en cualquier parte del mundo, los muros de la ciudad con corazones sangrantes, cruzados y hasta leo ahora muy claro: “Nadia linda. I love you”. Entre esas inscripciones se ven las de los etarras, *skinheads* y grafiteros y aquellas que rezan “Sudakas No”, “Negros, vuelvan a la Selva” y “Fuera Moros”.

La gente va a los templos, tanto como a las cantinas que aquí llaman cafés, garitos, bares, restaurantes y *pubs*. Van asiduamente, por ratitos y hasta tres veces al día; otros van antes del trabajo, al medio día, al término de la jornada, o después de echarse la mona. Toman vino, licores y cañas, que no son más que pequeños vasos de cerveza que a veces mezclan con limonada o gaseosa. Comen “tapas” que también llaman “pinchos”, parecidas a nuestras ricas botanas y hay en la Salamanca antigua tantos bares y cafés



cantantes y discotecas que difícilmente voy a conocerlas todas mientras dure mi estancia. Y claro que hay prostíbulos, cabaretes y salones rojos: escucho que son caros, pues la mercancía viene de lejos: de Asia, el Caribe, Rumania e incluso Rusia.

Viven, desgraciados o felices (yo no sé), en multifamiliares y edificios altos. De la única puerta de estos inmuebles entran y salen todos como van y vienen las arrieras del inframundo, y existen, ojo, no estacionamientos sino “parkings” subterráneos de barrio en barrio, especialmente debajo de las plazas. Le dicen “pisos” a los departamentos y son pequeños, de techos bajos y paredes de tablaroca; nunca con muros formales ni de ladrillos compactos. Y como se bañan cada tres o cuatro días, cuando en el bus extienden sus alas, apestan como zorrillos. Su comida más fuerte no es el almuerzo sino la cena, e incluye siempre sopa, ensalada o caldo. Desayunan a las ocho, almuerzan a las once, comen a las dos, meriendan a las cinco y cenan a las nueve. Asean sus viviendas una vez por semana y a veces hasta los quince días y no he visto nunca oferta de casas plantadas sobre la tierra, sino sólo sobre edificios. Nadie compra un coche usado, pues eso es de mal gusto, pero se embarcan en planes hasta por diez años.

Los curas de alzacuellos y hábitos oscuros se pasean orondos por las calles y he visto más monjas aquí que en

ninguna parte, incluso enterradas en el cementerio. Todas con velo y sayas hasta el huesito, algunas preciosas, dignas de mejor causa, como a mí me gustan, e incluso revestidas con “chaquetas” o “cazadoras” *Hilfigger* y “zapatillas” *Nike*, que es como llaman a los tenis. Unos y otras perciben salarios, se integran a las nóminas y reportan impuestos al fisco, y las diócesis arriesgan a la bolsa el dinero de las limosnas y el que pagan sus feligreses. Curas bonachones y monjitas angelicales —aunque también perversas— pueblan su imaginario festivo, y a sus costillas se ríen, igual que en la calle, en la televisión y la radio. Sus mejores chistes tienen que ver con ellos y su televisión es mala o mediocre, igual que la mexicana, aunque con una ventaja: compactan toda su publicidad cada veinte minutos mientras el programa transcurre.

Así nieve, haga frío o corra el viento helado, las piernas de las más hembras encandilan. Llevan minifaldas exiguas y exquisitas, aunque los muslos se les pongan rojos. Y fuman y fuman como si de pronto les fueran a negar la libertad de hacerlo. Fuman los hombres pero no tanto como las mujeres y no tienen respeto por quienes no fuman: apenas hay leyes en este país que lo prohíban y entonces humean como chacuacos. Yo creía que sólo en Cuba. Fuman y requefuman en bibliotecas y consultorios, en los bancos y oficinas públicas y creo que hasta en los templos. Sus calles lucen a las siete “de la tarde” repletas, sobre todo las principales y salen de tapas cuando deciden no comer o cenar en casa. Si se emborrachan hoy y hasta el día siguiente, dicen que “van de marcha” y su vida nocturna no inicia con la noche sino a las doce. Las plazas les sirven, tanto de día como de noche, para armar “botellones” y ponerse hasta atrás con sus bebedizos “calimochos”: mezcla de vino, hielo y refrescos de cola.

“¡Me cago en la leche!”, “¡me cago en diez!” y “¡me cago en la puta!” dicen cuando se enojan y aquí no mientan madres como los mexicanos. Dicen los más formales que son recatados, aunque por cualquier cosa mandan a todos a “¡la puta de oros!” y a “tomar por culo”, y “tener cojones” es tener huevos, o lo que es lo mismo: tener valor, aunque a cada rato “se acojonan” por no decir que tienen miedo. Llamen “bragas” a las muy femeninas pantaletas y a los calzoncillos les dicen “cayumbos”. Entre las gitanas y otras mujeres se escucha que les “suda el coño”, les “suda el culo” y hasta las tetas. Y aquí también hay competencias entre adolescentes: los varones compiten por quién la tiene más grande y llega más lejos y las chicas se miden por quién tiene más pelos o lo tiene abultado. Sus almohadas no son rectangulares sino angostas y largas como un chorizo, y así como hiela en diciembre y hasta febrero, en junio y julio quema como un caldero.

Es común verlos borrachos, alegres, contentos; con gritos y cantos destemplados, sobre todo los jueves, viernes y sábados, a las seis o siete de la mañana del día siguiente. No tienen una sino dos catedrales (se ha de repartir el obispo en dos pedazos), perdón, aquí los obispos son “señores”, “dones”, “ilustrísimos”, “reverendísimos” y toda esa parafernalia. Las campanas de ellas suenan a cada rato y como es típico de las iglesias antiguas —construidas precisamente por masones—, muestran para el ojo observador mil exquisiteces: ángeles caídos, gárgolas demoníacas, fierecillas, y querubines de genitales extraordinarios. Se empecinan los turistas buscando en la fachada de la Universidad una ranita sobre la calavera de la columna derecha, segundo cuerpo; y en la última restauración, los canteros añadieron un astronauta inverosímil a la fachada lateral de un templo.

Aquí y en otras ciudades los viejos juegan a la “petanca” con unas como canicas pero del tamaño de las naranjas y hay albergues de ancianos y ludotecas para ellos, como videojuegos en México. En los bares la gente juega al *bingo* y apuesta dinero en las “tragaperras”: las maquinatas tragamonedas, y aunque les timan, dicen que a veces ganan. Casi no se ven niños en las escuelas primarias y claro, niñas tampoco, y en éstas como en el kinder, sus abuelos van y vuelven por ellos, nunca sus padres. Estas alamedas y aquella plaza, los bulevares, calles y carreteras se ven limpias, señalizadas y provistas de aditamentos; los autobuses son de primera, climatizados, con música suave, aunque a veces fallan; su ingenio hidráulico los baja y ladea hacia las aceras de las paradas, pasan a cada quince o veinte minutos, así con puntualidad chingona y hay tickets para diez viajes, abonos mensuales y semestrales, y hasta dicen que pronto aceptarán plásticos inteligentes.

Limpian y lavan sus calles con aspiradoras y barredoras automáticas, a los estacionamientos particulares llaman “garajes” y me gusta el uniforme y la gallardía de los barrenderos públicos. Suben y bajan muebles de los apartamentos con grúas y escaleras mecánicas desde las calles. Son sofisticados para el cuidado de sus jardines y hasta utilizan para ello tractores, motosierras, desbrozadoras y molinos de martillo para triturar las ramas. Hay mercados ocasionales que llaman “mercadillos” y “rastros”, pero las fruterías, verdulerías y “estancos de alimentación” prosperan. La gente separa la basura en cristal, metales, cartón y orgánica y todos los días a la misma hora el mismo camión pasa, uno para cada cosa. La gente prefiere cerveza a granel y no en “botellines”.

A veces siento el olor de tabacos exquisitos por la calle y los volteos o *trocas* son desconocidos. Ningún autobús se estaciona en la calle y la mayor parte de los talleres



mecánicos está en los “polígonos industriales”. Usan artesas inmensas para tirar en ellas el escombros y luego las suben a plataformas con dispositivos hidráulicos. En todos los trabajos de albañilería se utilizan grúas y andamios y escaleras sofisticadas y casi no trabajan los alarifes sino sus máquinas.



La gente es seca y desacomodada, no saluda ni dice adiós sino “ajtalogo” y si dices gracias no te contestan. No agradecen a quien les sirve, son presuntuosos e imprudentes y a todos pretenden tratar como hijos: “sí mi niño”, “esto le caerá bien mi niña”, sobre todo si son viejos, dependientes y farmacéuticos. Y si se trata del cambio, te tiran las monedas frente a los ojos. No hay boleros, no hay vendechicles ni canguritos, no hay en los cruceros limpiacristales ni tragafuegos. Caminan que da gusto los salmantinos, pero sobre todo en el centro, sobre sus calles empedradas y algunas de piedras redondas o cantos rodados como las empedradas calles de la antigua Fraileasca. Tienen piscinas climatizadas, municipales, cuyos servicios son caros. Sus excusados son limpios aunque pequeños y la perilla de los retretes no se empuja sino se jala. Todo mundo busca una credencial o diploma, más que estudiar de veras, y entonces ofrecen cursos, *masters* y “expertizaciones” al por mayor. Leen bastante, ni duda cabe, por lo que se ve en las librerías y estanquillos, y esta es una ciudad en donde de cada cinco fulanos, dos son estudiantes de fuera, turistas y extranjeros.

Aquí no tienen computadoras sino “ordenadores”, “móviles” en vez de celulares y en las universidades todo está conectado a la red; si llevas portátil, la conectas en cualquier parte, pero no hay servicio de impresión para nadie, salvo en los cibercafés “a veinte céntimos el folio”. Las bibliotecas prestan libros hasta por un mes y su “carnet” y no credencial, como decimos en México, igual les sirve para checar calificaciones y sacar fotocopias, que para pagar servicios y retirar dinero. Todos los universitarios españoles tienen garantizada una beca, siempre que los ingresos de su familia no lleguen al tope, aunque no la reciben de poquito sino al año y en una sola entrega. No hay mucha oferta ni diversidad entre las escuelas públicas de primaria, secundaria y bachillerato, pero abundan las privadas, católicas. Y hasta los agnósticos ponen a sus hijos en éstas, para no “exponerlos” al salvajismo de los inmigrantes: sudamericanos, antillanos, marroquíes y rumanos.

Cuentan que hasta el siglo XVII, durante la cuaresma, expulsaban a las putas de la ciudad. Las echaban a los arrabales del otro lado del Tormes, aunque el “Lunes de Aguas” luego de la Semana Santa, eran bienvenidas y agasajadas con música, comida y vino por los urgidos

estudiantes salmantinos que por meses, e incluso años, no regresaban a su patria. Y a propósito, el Tormes, al igual que nuestros ríos, está absolutamente corrompido, aunque aún no apesta. Y tiene la ciudad museos al por mayor, de relojerías y autos

fantásticos, pero dos son únicos: uno exclusivo para las artes decorativas y el *art nouveau* y otro para la Guerra Civil Española y la persecución de republicanos, masones y “rojos”. Ya dije que comen harinas y grasa como cerdos pero no me extraña. Igual somos nosotros que tragamos chiles y picantes como perturbados. Aquí la educación básica es gratuita pero les meten “historia sagrada” y religión a cucharadas; no es laica como en México y da risa ver al Estado subsidiando a las escuelas de la Iglesia. Dicen que hay becas para casi todos, pero el seguro social, como lo conocemos en México, no existe.

Tienen su Universidad, la de Salamanca y otra, la Pontificia Universidad del mismo nombre, ambas con capillas y “clerecías” dentro. Juntas las dos pero sobre todo la primera, forman parte del gobierno municipal o influyen poderosamente en él. La figura del rector es, obviamente, más importante que el Ayuntamiento y la diputación provincial. Desde que se funda la Universidad en el siglo XII, el casco histórico de la ciudad es de ella, la Universidad es la ciudad y a la inversa también funciona. No hay destino dentro de la ciudad en donde la Universidad no se encuentre. La ciudad se debe a ésta, a sus estudiantes y maestros, a sus facultades, bibliotecas, laboratorios... pero ojo, también a sus visitantes e industriales, criadores de ganado, agricultores y estrellas.

Y se me olvidaban sus camposantos. Hay uno que a la entrada dice “cementerio católico” por lo que me imagino que ha de haber otros más pequeños para masones, protestantes, ateos y gente de izquierdas. Aquel es inmenso como no me imaginaba, y en él muchos muertos no se entierran sino que se “emparedan”. Es decir, montones de restos se conservan en gavetas, como en las antiguas iglesias, dentro de pabellones inmensos. Aquí la gente no celebra con sus muertos, no les cantan ni les llevan tamales y se ve que los abandonan bastante. Dicen, incluso, que una mujer desechada le puso por epitafio a su marido muerto lo siguiente: “¡Ala! Tu duermes en el suelo, mientras yo en la cama. Que te den por culo y hasta mañana”. ☒

Antonio Cruz Coutiño. Mexicano, sociólogo, maestro en estudios regionales y doctor en humanidades. Es profesor de la UNACH-Facultad de Humanidades, en Tuxtla Gutiérrez. Realiza investigación sobre el patrimonio y la identidad cultural de Chiapas. Son de su autoría los libros *La Concordia en Los Cuxtepeques* (2001), *Miramar corazón de la selva y otros relatos* (2006) y *De indios, sociedad y EZLN. Crónicas y documentos básicos* (1994-2008).